









En el bosque, y esas nubes  
Una tempestad presagian.

Sofía.—Verdad es: ¡oh cuán hermosa  
Es la tempestad!

Ana.— ¡Caramba!

¿Hermosa? ¡Dios nos asista!  
Cuando el viento se desata,  
Y temblar parece el suelo,  
Y el rayo furioso estalla,

¡Ay Dios mio! estar quisiera  
De la tierra en las entrañas,  
Para no escuchar los truenos.  
¿Y á vos, señora, os agrada?

Sofía.—Sí, Ana, sí; cuando los vientos  
Silban sobre las murallas  
De este castillo, y las nubes  
Rayos á la tierra lanzan,  
Y oigo el trueno que retumba  
En las vecinas montañas,  
Me parece que ese ruido  
La voz del dolor acalla,  
Que en mi pecho á todas horas  
Contra mi quietud se alza:  
Cuando escuchó esa armonía  
Salvaje, pienso que me habla  
Dios mismo, que me recuerda  
Que El existe, y que mis ansias  
Tendrán término algún día,  
Ante su presencia santa.  
Pero ¡ay! cuando todo en torno  
En el silencio descansa,  
Cuando nada á turbar viene  
Mi reflexión solitaria,

Sólo á mi deber escucho,  
Y mil memorias amargas,  
Mil ilusiones perdidas,  
De mi vida en la borrasca,  
Vienen de nuevo á mi mente,  
Y mi corazón desgarran:  
Tú la calma sólo buscas  
Porque tu pecho está en calma;  
Pero á mí que tanto sufro,  
A mí el silencio me mata.

Ana.— ¡Pobre señora! y con todo,  
¿Quién al venos no se engaña?  
Esposa de un noble duque,  
De riquezas circundada;  
Hermosa, joven, y llena  
De virtudes y de gracias,  
¿Qué más feliz ser podría?

Sofía.—Ana mía, ¡cuál te engañas!  
¡Pobre niña! estás ahora  
En la edad afortunada,  
En que en dorados ensueños  
Se mece tranquila el alma.  
Yo también, como tú sueñas,  
Soñé ventura, esperanzas:  
También un tiempo á mis ojos  
El horizonte brillaba,  
Puro, esplendente y hermoso,  
Sin la más ligera mancha;  
Pero se alzaron un día  
Las nubes de la desgracia:  
De mis ensueños la flores  
El huracán arrebató,  
Y la realidad ¡ay triste!



Con su mano descarnada  
 Me sacude, y mi destino,  
 Mi horrible destino marca.  
 ¿Piensas tú que de duquesa  
 Esa corona envidiada,  
 Estas joyas que me adornan,  
 Estas esplendentes galas,  
 Estos salones soberbios  
 Con sus techumbres doradas,  
 Y esos vasallos que humildes  
 Se prosternan á mis plantas,  
 Piensas tú que todo esto  
 Puede hacerme afortunada,  
 Cuando el alma gime opresa  
 Por una pasión insana;  
 Cuando una imagen querida  
 Aquí se encuentra enclavada,  
 Sin que el tiempo haya podido,  
 Ni mis lágrimas, borrarla?

Ana.—¿Una pasión?

Sofía.— ¡Sola, eterna!

¡Una pasión cuya llama  
 Era mi gozo, mi vida,  
 Mi porvenir, mi esperanza!  
 Por mi padre moribundo  
 Yo juré sacrificarla:  
 Bajó él tranquilo á la tumba,  
 Y yo cumplí mi palabra  
 De unirle al duque; cumplíla:  
 Corrí de Dios á las aras,  
 Y allí pronuncié unos votos  
 Que el corazón reprobaba.  
 Salí de mi estado humilde,

Dejé mi sencilla casa,  
 Y allí la paz deliciosa,  
 Compañera de mi infancia.  
 Llena de joyas y honores  
 Fuí á la corte de Alemania,  
 Con la tristeza en la frente,  
 Con el infierno en el alma.  
 Los festines, los torneos,  
 Y la música y la danza,  
 No podían ni un instante  
 Acallar la voz amarga  
 Del atroz remordimiento.  
 En todas parte hallaba  
 De Hermán los airados ojos,  
 Que en mis ojos se clavaban.  
 De Hermán que tanto sufriendo  
 En Palestina, lidiaba  
 Para conquistar honores  
 Que ofrecer ante mis plantas.  
 Y yo del noble guerrero  
 Traicionando la esperanza,  
 Yo, perjura.... ¡Dios! ¡Dios mío!

¡Esta memoria me mata!

Ana.—¡Pobrecita! Y yo creía

Que el amor....

Sofía.— ¡Desventurada!

¡El amor, niña inocente!

¡No conoces cuán amarga

Es la copa en que nos brinda

La felicidad! ¡cuán cara!

¡Ay! una hora de dicha,

Con mil tormentos se paga.

Ana.—Pero ese joven, señora,



Ese guerrero que causa  
Vuestros tormentos, ¿no ha vuelto  
Desde entonces á su patria?

Sofía.—Nada sé, Ana querida;  
Entre las paredes altas  
De este lejano castillo,  
¿Qué puedo saber? ¡oh! nada.  
Tal vez Hermán habrá vuelto  
Lleno de gloria á Alemania,  
Y al saber que soy de otro,  
Me aborrece, y á otra ama.  
Sus laureles eran míos,  
Para mí los conquistaba;  
Era mío su cariño,  
Era mía toda su alma.  
Y ahora.... otra.... ¿y yo respiro?  
¿Y Dios un rayo no manda?  
¡Celos! ¡celos! yo creía  
Que ya otro afecto no entrara  
En mi corazón marchito,  
Que el del dolor.

Ana.— ¡Desgraciada!  
Tranquillizaos: tal vez  
El tiempo.....

Sofía.— ¡El tiempo! ¡insensata!  
Dos años hace que gimo,  
Siempre esperando á mañana,  
Para ver si el nuevo día  
En mí el consuelo derrama:  
Para ver si tantas horas  
Que sobre mí, lentas pasan,  
Me hacen olvidar al menos  
Sus facciones, sus palabras;

Pero en vano: aquí, aquí tengo  
Siempre su imagen grabada,  
Y su voz en mis oídos,  
Y su amor en mis entrañas

(Truenos sordos.)

¡Ay! tal vez el infelice  
Murió en alguna batalla,  
Y sus últimos suspiros  
Dirigió á Sofía ingrata.  
¡Ah! si es cierto, si ya habitas  
En las regiones sagradas  
De la luz, de allí dirige  
A esta infeliz tus miradas:  
Verás que si fui perjura,  
Fuí también desventurada.

(La tempestad se aumenta: truenos.)

Ana.—Señora, señora.... ¡oid!  
Ya la tempestad estalla;  
La lluvia cae á torrentes.  
¡Ay de aquel que en tal borrasca,  
Solo y perdido en los bosques,  
En esta noche se halla!

Sofía.—¡Ay de aquel que vaga huyendo  
De los terribles fantasmas  
Del remordimiento, y busca  
La quietud, sin encontrarla!

Ana.—¿Qué será del duque?

Sofía.— El cielo

Con felicidad le traiga

Hcr.—(Dentro).

Dad asilo al peregrino.

Sofía.—¿No escuchas esa plegaria?  
Mira quién es.



Ana.— ¡Imposible!  
 ¡Si la obscuridad es tanta!...  
 Del relámpago á la luz.....  
 Ya... ya le vi.

Sofia.— ¿Quién es? habla.

Ana.—Es un infeliz, vestido  
 Como aquellos que llegaban  
 De Palestina.

Her.—(Dentro.) Un asilo

À la caridad cristiana  
 Pide un pobre peregrino.

Sofia.— ¡Desgraciado! Corre, Ana,  
 Di que se le abran las puertas,  
 Y condúcele á esta sala.

(Vase Ana.)

## ESCENA II

SOFIA

De Palestina, ¡oh Dios! ¡cómo ese nombre  
 Me hace temblar! Tal vez el peregrino  
 De allá vendrá; tal vez alguna nueva  
 Tendré de Hermán, que calme mi martirio:  
 ¿Qué lo calme? ¡infeliz! ¿De qué manera?  
 Que viva Hermán, ó muera, lo he perdido.  
 Un bien sólo me resta, que es la muerte:  
 Un consuelo no más, el manto mío.

## ESCENA III

ANA, SOFIA, HERMAN.

(Con traje de peregrino.)

Her.—Dios mande paz y salud  
 Sobrè la joven beidad  
 Que abriga tanta virtud,  
 Y á la triste senectud  
 Acoge con tal bondad.

Sofia.—Salud y paz, buen anciano:  
 Las puertas de este castillo  
 El pobre no toca en vano,  
 Y á falta de otra, mi mano  
 Fuera á levar el rastrillo.  
 Aquí descanso hallareis,  
 Y aunque el duque no ha venido,  
 Servido en todo sereis:  
 Ved si entretanto quereis  
 Cambiaros ese vestido.

Her.—Gracias, señora, he jurado  
 No quitarme este sayal,  
 Hasta que un voto sagrado  
 Cumpla.

Sofia.— Será respetado  
 Vuestro voto como tal.  
 ¿Y hacia dónde se encamina  
 Vuestro paso, padre mío?

Her.—Voy á la ciudad vecina.

Sofia.— ¿Y venís?.....

Her.— De Palestina.



Sofía.—¡ Ah!

Her.— ¿ Tembáis?

Sofía.— Si, tengo frío.

Her.—(¡ Recuerda con amargura  
Tal vez su primer amor!  
¿ Quién al ver á esa hermosura,  
Creerla pudiera perjura?  
Es el áspid en la flor.)

Sofía.—¿ Habéis sin duda lidiado  
Mucho en Palestina?

Her.— Sí.

Del emperador Conrado  
El estandarte sagrado  
Siguiendo, señora, fui.  
He visto muchas batallas,  
Lidiando cual buen guerrero:  
Asalté algunas murallas,  
Y he pasado fuertes mallas  
Con la punta de mi acero.  
Mas no siempre la victoria  
Coronó nuestro valor;  
Cara compramos la gloria:  
¡ Y yo, infeliz! ¡ oh memoria  
Que me llena de dolor!  
Un fiel amigo tenía  
A quien amé como hermano;  
¡ Ay! su vida era la mía!  
Arrebatómelo un día  
Hierro de enemiga mano.  
Perdonad mi negro afán,  
Señora, ¡ le amé tan fino!  
Sí, sin cesar correrán  
Mis lágrimas, caro Hermán,  
Por tu funesto destino.

Sofía.— Hermán! ¿ Hermán se llamaba  
Vuestro amigo?

Her.— Sí, señora.

¡ Oh qué valor desplegaba!  
Qué mucho si lo animaba  
Esperanza seductora:  
Su premio debía ser  
La mano de su querida;  
Y nadie supo querer  
Como Hermán: una mujer  
Era el norte de su vida.

Sofía.—(¡ Cielos!)

Her.— De la gloria el prez,

Por ella sólo anhelaba;  
Conmigo más de una vez  
De sus proyectos hablaba.  
¡ Pobre Hermán! ¡ con qué ternura,  
Con qué respeto tan santo,  
La prenda que su hermosura  
Le dió en señal de fe pura,  
Regaba con triste llanto!  
Un bucle de hermoso pelo  
Era esta prenda, señora,  
Que él guadaba con un celo....

Sofía.—(¿ Dónde están tus rayos, cielo,  
Que no me abrasan ahora?)

Her.— Bella joven, perdonad:

¡ Os cansa esta narración!

Sofía.— No, no, anciano; continuad.

(Todo el cáliz apurad  
Del veneno, corazón!)

Her.— ¡ Pobre Hermán! caer le ví,  
De Cristo soldado fiel;



Mi dicha con él perdí;  
El con gloria yace allí;  
Yo vivo á llorar por él.

Sofía.—Y yo, anciano; sí, los dos  
Lloraremos noche y día;  
Por ser vuestro amigo, vos,  
Y yo porque era mi Dios,  
Porque era la vida mía!  
¿Tú no sabes, peregrino,  
Que eres el genio del mal,  
Que te arroja mi destino  
De mi vida en el camino  
Para clavar me un puñal?  
¿Y yo vivo? ¡cielo santo!  
Anciano, ¡qué narración!  
Ana, no te acerques tanto,  
Que te quemará este llanto  
Que brota mi corazón.

Ana.—Calmad vuestro afán, señora,  
Vuestra pena moderad.

Her.—(¿Y llora la ingrata, y llora  
Después que faltó traidora  
A sus votos?)

Sofía.— Perdonad,  
Anciano, este frenesí  
De una alma desesperada.  
¡Le adoraba, y le perdí!

Her.—Mas, ¿cómo, si esto es así,  
Con otro estais desposada?

Sofía.—Sí, pero lo que ha pasado  
No puedes tú comprender;  
Con otro me he desposado.....

Her.—Y vuestro amor ha volado;

Amor, en fin, de mujer.  
Si Hermán hoy se levantara  
De la tumba, ¿qué diría?  
En vos sus ojos clavara,  
Y terrible os preguntara:  
“¿Dónde está tu fe, Sofía?  
¿Dónde está el eterno amor  
Que al partir me prometiste?  
Te ha cegado el esplendor;  
Tú, tú el sepulcro me abriste,  
Y no el hierro matador.  
¿Qué premio diste á mi anhelo!  
¿Qué bien pagaste mi afán!  
Mira esta prenda, este pelo.  
Mirame....” (Se descubre.)

Sofía.— ¡Valedme, cielo!  
¡El es, él es, es Hermán!

Her.—Hermán, Hermán que viene á re-  
(clamarte

La pura fe que le juraste un día.  
¿Dónde está tu promesa? di: la hollaste.  
¿En dónde está tu amor? ¡Responde, im-  
(pía!

¿Tú pudiste llegar hasta las aras,  
Y ante un Dios de verdad, le prometiste  
A otro hombre eterna fe y amor constante?  
¿A tu esposo engañaste, ó á tu amante!  
Del crimen en la senda me pusiste:  
Sí, yo era generoso é inocente,  
Tú un ángel de virtud que me guiaba;  
Hoy está escrito el crimen en mi frente.  
Si, si: tu misma mano aquí lo ha escrito:  
Virtud un tiempo el adorarte fuera,  
Y hoy el amarte ¡ingrata! es un delito.



Sofía.—¡Hermán!  
 Her.—¿Ya no recuerdas aquel día,  
 En que de amor y de esperanza lleno,  
 Vine á decirte "adiós," cuando en tu seno  
 Me estrechaste, jurándome ser mía?  
 "Parte, parte á la guerra, tierno amante;  
 Me dijiste llorando, y vuelve luego  
 A recibir de mí amoroso fuego  
 El premio digno de tu fe constante."  
 Y yo partí, colmado de esperanza,  
 Y en tu amor puse la confianza mía!  
 ¿Cómo de un ángel desconfiar podía?  
 ¿Cómo esperar tan bárbara mudanza?  
 Cuando amor me juró tu boca pura,  
 Cuando mi mano trémula estrechabas,  
 Cuando copioso llanto derramabas,  
 ¿Quién te pudiera imaginar perjurá?  
 ¿Y así se visté la mentira aleve,  
 Con el ropaje de verdad augusta?  
 ¡Ah! si en aquel instante me dijera  
 El mundo, el mundo entero, que Sofía  
 Por galardón ingrátitud me diera,  
 Al mundo le dijera que mentía;  
 Y lo estoy viendo ya, lo estoy mirando,  
 Y sueño me parece cuanto veo.  
 Sofía.—Hermán, Hermán, escúchame si  
 (siquiera.  
 Her.—Es ese mismo el seductor semblante  
 Del serafín que por mí mal adoro;  
 Ese su talle esbelto y elegante;  
 Es ese mismo su cabello de oro;  
 El mismo cuello de marfil, que un día  
 Yo enlacé tantas veces con ternura:

La mano hermosa que estrechó la mía;  
 La boca que me hablaba con dulzura;  
 Toda es la misma, y sólo... ¡Desgraciado!  
 Su corazón infiel sólo ha cambiado!  
 Sofía.—Hombre cruel: escúchame á lo  
 (menos,  
 Y condena después á esta infelice:  
 ¡Oyeme por piedad!  
 Her.— ¡Bella duquesa,  
 Habitais un magnífico castillo,  
 Artesones dorados, ricos muebles,  
 Finas alfombras, oro, pedrerías,  
 Timbres soberbios, armas y blasones:  
 ¡Cuánto vuestro destino se ha cambiado!  
 Elegisteis muy bien; sois muy prudente.  
 Es mejor este alcázar esplendente,  
 Que la pobre cabaña de un soldado.  
 Sofía.—¡Oh cielos! ¿esto más? ¿quieres  
 (matarme?  
 ¿Quieres que ahogada de dolor espire?  
 ¿Ni mi llanto de fuego te conmueve?  
 ¿Y ni tu compasión siquiera alcanzo?  
 ¡Ah! por enorme que el delito sea,  
 Se escucha al criminal.  
 Her.—¿Y qué dirías?  
 ¿Qué puede ¡desdichada! disculparte?  
 Sofía.—La voluntad de un padre mori-  
 (bundo.  
 Ausente tú, creyó que su Sofía,  
 Soía y abandonada quedaría  
 En el mar borrascoso de este mundo:  
 Y agitado, frenético, llorando,  
 En su lecho de muerte se incorpora,



Y sus rugadas y convulsas manos  
A mí tendiendo, me conjura y ruega  
Que al duque Othón me uniese en el ins-  
(tante;

Yo resistí, grabada aquí con fuego  
De Hermán la imagen sin cesar estaba:  
Yo resistí; y el cielo me es testigo  
De que la muerte preferido hubiera  
A ese enlace fatal.

Her.— Y bien, prosigue.  
Sofía.—Pero mi padre en su postrer ins-  
(tante,

Fijaba en mí sus lacrimosos ojos;  
Retorcía sus manos venerables;  
Se arrancaba la blanca cabellera;  
Y un poderoso esfuerzo haciendo al cabo,  
Salta del lecho y ante mí se postra,  
Por mi madre pidiéndome cumplierse  
Su postrer voluntad. ¡Cómo! ¡Quién puede  
Conservar su razón en tal instante,  
Y resistir tan espantosa prueba?  
Aquel anciano, á quien el sér debía,  
Esperando á mis pies, desesperado,  
Llenos de llanto sus hundidos ojos,  
¡Oh Dios! ¿qué pude hacer? tú ausente es-  
(tabas

Un año hacía, sin noticia alguna  
De tu destino, todo se reunía,  
Todo contra mi suerte conspiraba.  
Mi frente ardiendo, mi razón perdida,  
Mi corazón partido en mil pedazos,  
Yo á mi padre juré lo que quería,  
Y en aquel punto el duque apareciendo,

Mandó mi padre que la mano mía,  
De otros testigos ante la presencia,  
Se uniese á la del duque, y en los labios  
Del moribundo anciano, una sonrisa  
Vagó un momento; levantó la mano,  
Mi cabeza estrechó contra su pecho,  
Y me bendijo, y espiró tranquilo.  
Su alma voló de Dios á la presencia,  
Y yo quedé para vivir llorando....  
Her.—Y de Alemania luego allá en la  
(corte,

De oro cubierta y ricas pedrerías,  
Envuelta en seda y en incienso vano,  
Pronto olvidaste el sacrificio horrible;  
Y el dulce peso de ducal diadema  
Tu frente refrescó, secó tu llanto.  
Sofía.—¡Injusto, injusto! mis mejillas  
(mira:

Perdieron su color y su frescura:  
Repara de mis lágrimas la huella;  
De correr no han cesado un solo día.  
Dejé la corte y vine á este castillo,  
La paz buscando en su silencio al menos:  
¡La paz, la paz! dos años han pasado  
Sin que un momento disfrutarla pueda;  
Tu imagen siempre viva me seguía,  
Y á Dios iba á rogar que la borrara,  
Y entre mí y el altar se interponía.  
¡Oh! calcular no puedes mis tormentos:  
Si penetrar mi corazón pudieras,  
En vez de ese furor que te arrebatara,  
Sólo piedad de mi dolor tuvieras!  
¡Piedad, Hermán! piedad de una infelice,



Aquí á tus pies humilde te lo ruego:  
Ten compasión de quien amaste tanto:  
Oiga yo tu perdón, y muera luego.

Her.—¡Levántate, Sofia!

Sofia.— Una mirada,

Una mirada de piedad te pido,

¿Y me la negarás?

Her.— ¡Ah! ¡desgraciada!

Ven á mi corazón, todo lo olvido.

Pero salgamos de aquí,

Salgamos luego, Sofia;

Tú me juraste ser mía,

Dios tu juramento oyó.

Dejemos estos salones:

Sencilla, humilde te quiero,

Como el pobre caballero

A quien le juraste amor.

Tres años en Palestina

Combatí por merecerte,

Por tí desprecié la muerte,

¿Y no me querrás seguir?

¿Qué tiene que ver contigo

Esta frívola grandeza?

¿Necesita tu belleza

Del oro para lucir?

Vamos.

Sofia.— ¡Imposible!

Her.— Vamos.

Sofia.— Recuerda que estoy casada:

Yo moriré desgraciada,

Pero pura moriré.

Her.— Es verdad: tú me recuerdas

Lo que yo valgo, Sofia;

Y yo necio que creía.

¡Ilusión, todo ilusión!

¿Cómo has de cambiar tu rango,

Y tu nombre, y tu grandeza,

Por Hermán, que otra riqueza

No tiene que su valor?

Sofia.— ¡Hermán!..... (Ruido.)

Ana.— Ahí el duque viene.

Sofia.— ¡Santo Dios! ¡eres perdido!

Cúbrete.

Her.— No; ya he vivido

Bastante, y quiero morir.

Quiero, duquesa, mirar

Cara á cara á vuestro esposo;

Le veré.

Sofia.— ¡Dios poderoso!

¡Ya llega; triste de tí!

Her.— Ved que traje mi armadura.

Ana.— ¿De qué os servirá? de nada.

Her.— Tengo aquí también mi espada.

Sofia.— ¡Cúbrete, Hermán, por mi amor!

Her.— ¡Tanto me amáis?

Sofia.— Te idolatro.

Her.— ¿Me seguirás?

Sofia.— Todavía

No puedo... ¡sí!... tú Sofia

Te jura volverte á ver.

Pero cúbrete, por Dios,

Hermán, después hablaremos.

Her.— En el parque nos veremos

Mañana al anochecer.

Vuelvo á tomar mi disfraz.

Sofia.— Ana, por Dios, el secreto.



Ana.—Si, señora; yo os prometo  
Que nunca saldrá de mí.  
Her.—Conoceré á mi rival;  
Aunque más bien prefiriera,  
Por Dios, que de otra manera.....  
Ana.—Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

Dichos, EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Estoy empapado, Jorge.  
Qué tempestad!  
Jorge.— Estupenda.  
Duque.—¿Quién es este hombre, señora?  
Sofía.—Un peregrino que llega  
De Palestina: pasaba  
Por aquí cuando más recia  
La tempestad desplegaba  
Su furor; y yo las puertas  
Del castillo mandé abrir.  
Her.—¿Es la señora tan buena!  
Duque.—¿Y qué cosa habeis traído  
De allá? Relaciones nuevas  
De batallas, y reliquias  
De aquella bendita tierra.  
Her.—Si, señor duque.  
Duque.— Los niños  
Y las mujeres encuentran  
Gran diversión en oiros:  
Contais cosas que las llenan  
De admiración, y en verdad

Os sale muy bien la cuenta,  
Pues así pasais la vida  
Sin trabajar; os respetan,  
Os hospedan, os regalan,  
Y os oyen como si oyeran  
Un oráculo: en verdad  
Es una vida muy buena.  
En fin; llegad en buen hora.  
¿No habeis mandado, duquesa,  
Que le den alguna cosa  
A este anciano?  
Her.— Yo á las puertas  
Del castillo no he llamado  
Para recibir afrentas,  
En cambio del pan que sobra,  
Señor duque, en vuestra mesa.  
Jorge.—¿Así respondes al duque?  
¡Insolente! todos tiemblan  
Aquí de su enojo.  
Duque.— Basta:  
Yo le perdono.  
Her.— ¡Ah! pudiera....  
Mas un soldado de Cristo,  
Que por su gloria pelea,  
Debe reunir, señor duque,  
A su valor la paciencia.  
Busqué un asilo entretanto  
Que pasaba la tormenta:  
Ha calmado ya: las gracias  
Recibid, ¡oh joven bella!  
Voy á seguir mi camino,  
Señor, con vuestra licencia.  
Sofía.— (A Ana).  
Conduce á ese peregrino.